

DO IT WITH AN ARCHITECT!

Marcos Parga



Esta frase nos puede parecer a simple vista poco sugerente, incluso inocente, un híbrido entre las agresivas campañas de una conocida marca de ropa deportiva y el eslogan de una potente empresa de arquitectura con muchos recursos pero poca imaginación. Sin embargo, la recomendación la encontramos impresa en una camiseta que diligentemente, muchos años atrás, se ha embutido Cedric Price sobre una camisa recién planchada de cuellos redondeados ajustados por su habitual corbata oscura, para ser fotografiado —no sabemos exactamente con qué objetivo— en actitud desafiante, puro en boca y mirada infinita. Posiblemente ahora la intención del mensaje nos resulte menos evidente y, conociendo como conocemos al personaje que lo abandera, le daremos una vuelta buscando rápidamente su componente provocador.

Al arquitecto británico todavía se le ve relativamente joven; seguramente ya había finalizado el aviario para el zoo de Londres¹, llevaría algunos años ejerciendo como profesor en la AA² y discutiendo con Joan Littlewood y Gordon Pask acerca de la posibilidad de un hipotético edificio reprogramable, pensado como definitivo

¹ 1961.

² 1958-1964.

templo del divertimento³. Seguro que ya le andaba dando vueltas al concepto de “territorio docente”, planteado dentro del marco de la todavía sólo intuida tercera industrialización como posible herramienta regeneradora de la deteriorada región de North Staffordshire⁴, y también posiblemente se había ilusionado ya con la oportunidad real de poner en práctica sus recurrentes ideas sobre flexibilidad, adaptabilidad, caducidad, reciclaje, industrialización, hibridación de programas y temporalidad que se le abría con el reciente encargo de construir “un edificio que no fuera un edificio⁵”.

Cuarenta años después sabemos que Price construyó relativamente poco —aunque éste era su principal objetivo— y que nunca alcanzó un éxito global, que sus proyectos estaban basados en la creencia de que la arquitectura debía permitir a la gente “pensar lo impensable”, sin determinar *a priori* su comportamiento, y promover un tipo de incertidumbre calculada con la que ingeniosamente cuestionaba el propósito de la actividad constructiva, y por extensión, al *establishment*.

Sabemos también que se autocalificaba como “antiarquitecto” para así poder trabajar desde el mestizaje mientras se rodeaba de nuevos cómplices y abría la disciplina a nuevos territorios —de ahí lo paradójico del mensaje impreso en la camiseta—. Todas estas experiencias, no por casualidad, flotaban en aquella trascendental efervescencia contestataria de los años sesenta y setenta con la que muchos —desde diferentes campos— se enfrentaron a la crisis de la modernidad empujando hasta el paroxismo los límites de la investigación en ámbitos como el arte, el diseño, la arquitectura y el urbanismo. Cuarenta años después también comprobamos que todas estas

³ Fun Palace, 1961-1972.

⁴ Potteries Thinkbelt, 1965-1968.

⁵ Interaction Center, 1972-1977.

promesas han calado, pero no tanto.

La arquitectura como disciplina, como práctica y como discurso, sigue siendo preocupantemente lenta para solucionar problemas, peligrosamente inflexible en su capacidad relativa para reaccionar a las presiones —ya sean puntuales o crónicas— impuestas por los cambios de la cultura contemporánea. Aquel antiarquitecto defendido por Price sigue reclamando hoy en día su capacidad para comunicar arquitectónicamente, para activar el debate interdisciplinar lejos de la especialización autoimpuesta por una reaccionaria actividad *oficial* que pretende reivindicar así su valiosa identidad convirtiendo al edificio en el medio con el que consolidar su poder.

Debemos por tanto imitar aquel gesto, volver a enfundarnos aquella camiseta como acto simbólico —aunque sea de forma gradual, superponiéndola a nuestro atuendo habitual, como hacía Price— para ser conscientes de la necesidad de recuperar y reconstruir las metodologías que devuelvan a la disciplina su capacidad para el diálogo crítico, de manera que rediseñe y actualice simultáneamente las habilidades ahora abandonadas del, para muchos, peligroso antiarquitecto.

Su visión periférica, su inconformismo y disposición a la rebelión, sus habilidades anticipatorias, su falta de pedigrí, su facilidad para provocar desde dentro, para teorizar al mismo tiempo que mantiene un inquebrantable compromiso con la realidad, nos ayudarán a proyectar una arquitectura inclusiva y reactiva que finalmente revierta en un adecuado diseño de nuestro maltratado entorno construido.

Madrid, 5 de agosto de 2015

ACTA

DE ARQUITECTURA

Descarga el contenido completo en
acta-arquitectura.org

Síguenos en redes
facebook - twitter - instagram

ActaZine

Guadalajara, México.
Agosto 2015



Los contenidos de esta revista se pueden reproducir y
compartir siempre y cuando
no se haga con fines comerciales, se respete su autoría
y esta nota se mantenga.